dossier: ruta cuernavaca-df

JABIDUE



dossier: ruta cuernavaca - d.f.



Fotografía de **José Espíritu Salazar**

Cada vez que se arriba a Cuernavaca viniendo del norte, Emiliano Zapata, montado en un recio caballo, con el machete enhiesto haciendo las veces de azadón aéreo, detenida en piedra su cabalgata intempestiva, enfrenta a los recién llegados con un enigma sobre las razones de su partida hacia el que parece ser el destino de su viaje inmovilizado: la capital del país, la Ciudad de México. "¿Por qué va a donde va?", se preguntan desde su fuerte arraigo algunos lugareños; "¿por qué se va, si apenas llegamos", se preguntan en silencio unos cuantos visitantes. En todo caso, la estatua galopante del héroe suriano se erige como un símbolo monumental en el que se condensa la actitud histórica de resistencia de una ciudad como Cuernavaca frente a la gran urbe. Aunque en ciertos momentos pareciera, por qué negarlo, significar el movimiento de una ciudad que se fuga de sí misma.

Quedémonos con una imagen: la del machete, instrumento de labranza y de guerra a un mismo tiempo, que abriendo surcos en la materia intangible de la historia, se apresta inmediatamente a salvaguardar la permanencia de sus trazos.

Salvo en los casos indicados, las fotografías que aparecen en este *dossier* fueron realizadas por **Diana Urdapilleta Altamirano**



¿Por qué el de efe?

José Antonio Aspe

Por fortuna, el día de hoy existen ya en Cuernavaca varias (no las suficientes) instancias para que un joven creador pueda adentrarse en los intrincados laberintos de su labor y quehacer artístico. Al mencionar lo anterior me refiero a que, por ejemplo, la Universidad Autónoma del Estado de Morelos ya tiene una facultad destinada al estudio de las Letras y las Artes, una estación de radio alternativa y diversos centros de formación artística; hablo de que el Instituto de Cultura de Morelos brinda en el Centro Morelense de las Artes diversos talleres, cuenta con un Premio de Ensayo Nacional, diversas becas a creadores y apoya una escuela de escritores de la envergadura de la Sogem.

Sin embargo ello no alcanza; las inquietudes son muchas y las instituciones pocas, apenas las necesarias para que algunos afortunados lancen desde allí sus primeras labranzas en el mundo del arte. Desde luego esto no se puede entender si soslayamos el hecho irrefutable de que para las actuales políticas neoliberales el arte y la cultura son prescindibles: elementos de ornato total y absolutamente innecesarios. De ahí que la actual administración prefiera apoyar contra viento y marea, encarcelando incluso a brillantes ciudadanos, la creación y el fomento de tiendas de abarrotes, como CostCo por ejemplo (sacrificando de paso los ecosistemas), antes que centros de cultura o apoyos a manifestaciones tales como revistas, talleres e incluso casas editoriales. No, eso no lo conoce la actual administración y no creo que le importe mucho.

Es por ello que son los creadores mismos quienes dan vida a publicaciones y proyectos que brotan desde sus escasos recursos; proyectos culturales huérfanos de apoyos oficiales, ¿qué denso, no? Y no es broma: resulta lamentable y trágico para el estado de Morelos el indignante presupuesto que se asigna a la cultura, al tiempo que los sueldos de algunos funcionarios alcanzan cifras en verdad estratosféricas.

Es entonces que el creador produce y resiste hasta donde la cuerda comienza a reventarse; es por ello que lanza, al principio, miradillas furtivas y coquetonas al *de efe*, y es por ello que tarde o temprano acaba entregándose, exhausto y flechado, en los brazos de la jungla de asfalto.

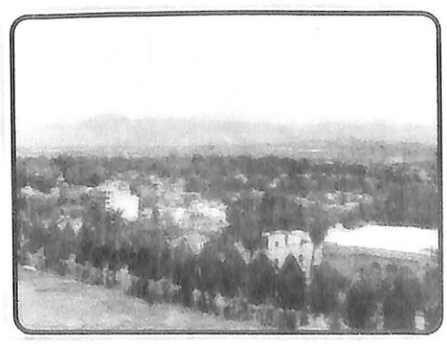
Lo anterior resulta fácil de entender si nos atenemos al hecho indiscutible de que los pocos trampolines que existen en esta ciudad de la ex eterna primavera se encuentran apolillados y en muchos casos no alcanzan ni los tres metros de altura. Y no es por minimizar ningún proyecto cultural, háblese de apoyos oficiales o expresiones autónomas o independientes; hablo de que Cuernavaca no ha alcanzado los niveles de proyección de ciudades como Xalapa, el Estado de México e incluso ciudades fronterizas como Tijuana. De eso hablo. Cuernavaca, para desgracia de los que aquí habitamos, está estancada en cuanto a proyección: las ediciones de libros son de muy mediana calidad y los foros no alcanzan convocatoria nacional; nadie, en su sano juicio, pensaría que publicando en Morelos llegará a un público vasto. Caray, no se produce como se debería y cuando se hace no se divulga el trabajo a nivel nacional.

Lo anterior resulta paradójico si repasamos con detenimiento a la comunidad artística que habita el estado: músicos, escritores, pintores y demás miembros de la sociedad cultural, creadores de reconocida trayectoria a nivel internacional. Pero cuidado, es gente que tuvo que desarrollarse en otras ciudades, que llegó aquí o se fue y regresó con todo un trabajo detrás. Me gustaría que todo esto no fuera más que producto de mi fantasía y de un ocio que me empuja a escribir jaladas y mentiras. Pero es real y no hablo de oídas, ya que mal que bien conozco el medio, mismo con el que, aunque no te guste mucho, tienes que interactuar de vez en cuando.

¿Qué se hace entonces? Se va uno a la Paloma de la Paz, estira el dedo y espera a que pase un buen ciudadano y le dé un *raid* rumbo a la ciudad en la que por lo menos y si eres bueno, hay muchas puertas entreabiertas; llegas, trabajas, las empujas y pum, es muy probable que terminen por abrirse y darte paso (eso sí: la prueba de calidad nadie se la puede saltar), convirtiéndonos entonces en una suerte de braceros que cruzan hacia el otro lado, que en este caso se llama Distrito Federal, valiéndose del dedo gordo o de cincuenta pesos para el Pullman. No faltará quien alegue que lo que digo no es válido pues estoy comparando a nuestra ya no tan pequeña ciudad con la urbe más grande del mundo. Ese no resulta un argumento válido, pues si a proporciones vamos, desde luego que el número de habitantes del *de efe* saturaría de inmediato cualquier posibilidad y proyecto que se intentara abrir por allá. ¿Y qué de los demás estados de la República en los que la obra se difunde en serio? Si me salen con el argumento de que nuestro estado es pobre no se los creo; quizá Oaxaca y algunas partes del sureste lo sean en serio, pero, y si se quiere a regañadientes, hemos de reconocer que el trabajo se ve, se nota, llega a públicos extensos, amplios. ¿Por qué el de aquí no?

A menudo visito librerías en la Ciudad de México y encuentro en los estands de revistas trabajos de diversos estados de la República y por ahí y esporádicamente dos o tres de aquí, generalmente independientes; de allí en fuera, nada. En la mesa de novedades me topo con publicaciones de institutos de cultura estatales y universidades de provincia; de aquí nada.

Desde luego que no es mi intención denostar a nuestro estado, sólo intento reflejar la situación de los que nos movemos en los ámbitos de la creación. En pocas palabras y para no colgarme mucho, quiero decir que crear en Cuernavaca es tan fácil como lo puede ser en cualquier lugar del mundo (la creación no es algo delimitado por fronteras), lo difícil es promover lo creado, y más si eres joven y desconocido. ¿Qué hacer entonces? Las respuestas las conocemos todos, sólo falta echarlas a andar.



Una artista entre dos ciudades. Trazos y palabras de Magali Lara

Ricardo Alonso / Zaira Espiritu

Magali Lara nació el 5 de noviembre de 1956 en la Ciudad de México. Desde 1994 pertenece al Sistema Nacional de Creadores del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Actualmente radica en Cuernavaca, Morelos y es profesora en la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM).

A lo largo de su carrera esta artista plástica ha montado diversas exposiciones individuales, de las cuales destacan las siguientes: Del cielo *(1989; Centro Cultural de México, París, Francia),* Magali Lara *(1991; Museo de Arte de El Paso, Texas, EUA),* Viento *(1993; Galería la Gran X, Barcelona, España) y* Oír es no ver *(1999; Galería Ruta Correa, Freiburg, Alemania).*

Lara tiene una larga trayectoria que se ha vinculado íntimamente con la Ciudad de México y con Cuernavaca. Dicha relación la ha llevado a transitar por múltiples experiencias y emociones. Del Distrito Federal reconoce su movilidad, la diversidad de propuestas artísticas y los espacios para presentarla; a Cuernavaca la unen otras cosas: la tranquilidad con que se mueve la vida, las jóvenes propuestas y el misterio que rodea a este lugar y lo hace un centro creativo. Magali no es una turista del arte en Cuernavaca; se ha apropiado de la ciudad y la ciudad de ella. Por eso, desde su recorrido por el arte y a través de sus vivencias, le es posible delinear una imagen de la escena artística de Cuernavaca en relación con el centro del país; dejemos que sean sus palabras las que nos dibujen dicha imagen.

TABIQUE: ¿Cuáles fueron tus motivos para establecerte en Cuernavaca?
MAGALI LARA: Había una situación personal que me hizo pensar: ya sé como va a ser mi vida dentro de cuarenta años, no me gustó y opté por considerar la propuesta que me hacían unos amigos que se acababan de ir a vivir a Cuernavaca.

T: ¿Por qué consideras que tantos artistas con una trayectoria definida residan en Morelos?
M L: Hay un deseo de mejorar la calidad de vida sin perder el contacto con el centro que sabemos es indispensable. Cuando tienes hijos esto es muy evidente y es una razón poderosa pero no creo que sea la única. Puedo pensar que Morelos es una opción por su cercanía con el Distrito Federal, pero también porque ofrece cosas más alternativas. En mi caso influyó que me gustaban las plantas y quería hacer algo con eso, aparte de alejarme un poco de la "grilla" del mundo del arte de México.

T: ¿A qué crees que se deba el hecho de que dichos artistas no desarrollen propuestas para beneficio de la escena artística local?
M L: Cuernavaca tiene su lado misterioso y a veces la gente viene para aislarse. Es una pregunta que me sugiere otras preguntas. A veces creo que tiene que ver con generación y educación. Si son pintores muy tradicionales hay una cerrazón a lo que no convenga rápidamente a su posibilidad de vender obra, no es un juicio negativo, ya que es muy difícil vivir así, pero implica una visión dirigida a conseguir clientes. Si creciste y compartiste la ideología "setentera" hay un principio de deber social donde tú tienes que retribuir a una institución parte de tu experiencia. Muchos de nosotros tuvimos maestros muy jóvenes y exitosos que dedicaban tiempo a compartir experiencias y fueron de gran ayuda. Hay también impedimentos: Cuernavaca no tiene lugares de reunión, el Jardín Borda no convoca a nadie, eso que hizo Mercedes Iturbe de que todos los sectores coincidieran en un proyecto cultural se acabó. Nos dejó ver que eso era posible pero endeble si era construido desde "arriba". Otra cosa es que los jóvenes no se organizaban y ver su trabajo era difícil, sobre todo si eras un recién llegado. Y por último, pero quizá lo más importante, es el prejuicio de que en provincia no pasa nada o que es de muy mala calidad.

T: ¿Qué ventajas aporta la atmósfera de provincia y en particular la de Cuernavaca al trabajo de un artista oriundo de la capital?
M L: El tiempo, no tener la exigencia social o personal de estar en todo y encontrar formas y maneras más personales. Al mismo tiempo corres el riesgo de la autocomplacencia y de dejar de competir en el Distrito Federal, lo que es mortal, peor si te vuelves el artista local por excelencia, sin una comunidad crítica a quien mostrar tu trabajo. Y luego, quizá la más valiosa, las pequeñas revelaciones que proporciona un trabajo que se deja madurar.



Fotografía tomada de catálogo de la pintora

T: Según tu experiencia como maestra ¿que estrategias crees que deberían plantear las escuelas de arte en Morelos frente a las políticas culturales del centro?
M L: Una galería en el centro de la ciudad, con un consejo donde se invitaran artistas locales y jóvenes alumnos para hacer exposiciones ambiciosas. Vincular la teoría con la práctica, abrir la Universidad a experiencias distintas (pienso en lo triste que son los jardines de la UAEM o el mismo Borda). Básicamente que la comunidad empiece por conocerse sin miedos, sin complejos e intente dialogar con el centro, no para parecerse sino justamente para diferenciar qué tipos de artistas hay acá y qué es lo que les interesa producir.

T: ¿Crees que sea posible generar un circuito artístico-cultural autónomo del Distrito Federal en Cuernavaca?
M L: Sí, tendría características distintas pero claro que es posible, de hecho a veces tengo la sensación de que ya existe, aún muy incipiente pero le queda claro a la gente joven que son ellos los que tienen que hacer el trabajo. Creo que las instituciones, pese a toda su buena voluntad, no pueden generar este tipo de circuito, pueden apoyar pero nada más.

T: ¿De qué manera ha incidido en tu labor como creadora la vida en provincia?
M L: Ha habido cambios considerables y de maneras muy inesperadas. Para empezar me di cuenta de la sensación de lejanía que provoca la provincia con relación a México. Me tocó mi propia experiencia como alumna en San Carlos que, como mujeres, nos trataban siempre como niñas. Para mí, la organización de exposiciones y trabajos entre nosotros (hombres y mujeres que buscábamos cosas diferentes a los que la escuela veía) me dio una sensación de independencia que creo me ha servido muchísimo. Me chocó ser menor de edad porque tenía, si no claridad, sí un deseo muy fuerte de hacer cosas interesantes en lugares interesantes con gente interesante. La mejor manera es organizarla tú mismo porque así la selección está dirigida a problemas de actualidad (o que te importan) y tienes cierta garantía de que resulte excitante, además no hay mejor escuela de arte que la autogestión. Me imagino que la gente que hace esta revista está más atenta a las otras revistas y aprende de lo que ve para saber lo que le gustaría para la suya.

T: ¿Te parece que el joven artista de provincia está en desventaja con respecto a su homólogo de la capital?
M L: Sí. Por diferentes razones: la peor creo yo es que se siente en desventaja de antemano. Cuando eres tercermundista no podemos librarnos del todo de esta sensación pero los mexicanos tenemos más miedo a hacerla que a fracasar. El autosabotaje es una especialidad nacional y la provincia siempre se siente chica ante el centro. Luego vienen otras circunstancias que son muy reales: la oferta cultural no es muy variada, hay grupos de poder más cerrados y todo eso que ustedes conocen. Es importante reconocer estructuras para entender por qué nos deslumbran las cosas del centro y que básicamente desconocemos las preguntas que implican. Para mí ser artista tiene la enorme ventaja de que es la única profesión donde puedes dudar y equivocarte. Atreverse a ver las cosas de otras maneras, aunque parezca absurdo es parte de hacer arte y nosotros siempre queremos ser reconocidos desde afuera. No quiero decir con esto que no sea necesario, pero tenemos que decirnos quiénes somos y quién es el otro. Aún con miedo... Hay culturas que educan a la gente para sentirse el centro y descalificar al otro y estamos viendo los resultados con Estados Unidos. Sinceramente creo en la fuerza de la fragilidad.

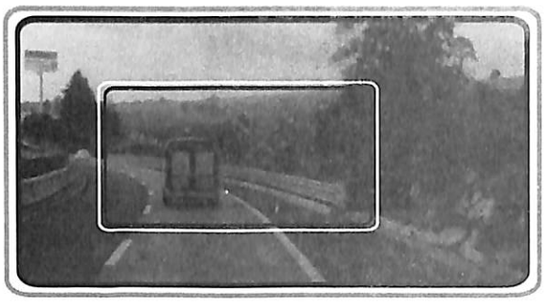
T: ¿Cuales son, según tú, las principales diferencias entre el Distrito Federal y Cuernavaca en términos de producción, consumo y difusion artistica?
M L: No hay lugares para mostrar el trabajo o proyectos que permitan involucrarse con Cuernavaca. Me gustaba la idea de Cisco, Larisa y Johanan (1) sobre otro tipo de escultura en la ciudad, una escultura crítica y juguetona. A excepción de algunos espacios como [*El Espacio*] de Aragón y León, la galería del Centro Morelense de las Artes y otros, no puedes ver qué producen los demás. En México hay muchísimo qué ver y comparar. La curiosidad puede ser una gran virtud.

T: Describe con tres adjetivos la ciudad de Cuernavaca
M L: Misteriosa, posible y joven.

(1) Artistas plásticos radicados en Cuernavaca (N. de la R.)

De espacios y lugares comunes

Carlos Francisco G. Sánchez



A Diana, en este y otros caminos

Una distancia de no más de cien kilómetros separa a Cuernavaca del Distrito Federal. Desde tiempos prehispánicos, esta cercanía geográfica ha dado origen a una estrecha relación, en los más diversos ámbitos, entre ambas ciudades. Sin embargo, esta relación ha estado marcada por la subordinación de Cuernavaca, como el resto de la imperialmente llamada provincia, a las necesidades y dinámicas centralistas de la capital del país; es decir, para nada se ha tratado de un lazo de mutua reciprocidad.

Bajo esta condición estructural de concentración de poder y de recursos económicos, el Distrito Federal se ha constituido como un factor determinante en el desarrollo de la capital morelense como espacio urbano. Podríamos decir entonces que, en términos generales, más que un diálogo intenso, ha sido un continuo monólogo de la gran metrópoli hacia su par sureña.

De la posibilidad de cambiar esta situación deriva la importancia de reflexionar, como primer paso, sobre los fenómenos económicos, políticos, sociales y culturales concretos que ha suscitado y suscita el vínculo entre las dos urbes. En este propósito debe tenerse claro que no se trata de endosar culpabilidades, sino de reconocer situaciones y actuar en consecuencia.

Ahora bien, en el terreno de lo cultural, poco o casi nada se ha dicho sobre ciertas concepciones que de Cuernavaca y el Distrito Federal circulan en el espacio público, y que con el tiempo se han convertido en lugares comunes entre los originarios de estas entidades geográficas. Nos referimos a ciertas construcciones simbólicas específicas que, instaladas ya en el imaginario colectivo, el cuernavacense o el defeño, según el caso, utilizan para referirse a la ciudad del otro. Y que prevalecen debido a que, en muchas ocasiones, sirven como una especie de visor cultural que media la interacción cotidiana con una realidad citadina que en gran medida resulta ajena, ya sea por un relativo desconocimiento o por la ausencia de nexos fuertes de identidad. Pero que también se mantienen vigentes por efecto de la propaganda gubernamental y/o la difusión mediática.

Como cualquier otro registro hecho desde una perspectiva particular, estas visiones popularizadas tanto de Cuernavaca como de la Ciudad de México implican un recorte de la realidad y, en este caso, una re-creación simbólica delimitada de la misma. Por lo tanto, siendo cautelosos, podemos afirmar que si las consideramos más allá de sus respectivos planteamientos intrínsecos, es decir, contextualizándolas, las encontraremos humana e intencionadamente parciales. En este sentido, tras su aparente formulación objetiva y hasta ingenua, hallamos una valoración moral e ideológica del espacio, que termina por proyectarse sobre la gente que lo habita. En otras palabras, se da lugar a la asignación de un rostro social de los sujetos interlocutores en función del lugar en el que viven, y que tiene como proceso paralelo la conformación de la identidad colectiva propia.

Cual si llevaran la leyenda legal que advierte su pertenencia al orden del domino común, que de paso exime cualquier responsabilidad sobre sus orígenes, destinos u contenidos, aspectos que probablemente entrañan una dimensión de ejercicio del poder, estas imágenes de las urbes vecinas tienen como escenario privilegiado de expresión un tipo de discurso: el que se transmite oralmente de generación en generación, de boca en boca a través del tiempo; aunque no debemos olvidar, tal como anotábamos líneas arriba, su presencia en los discursos mediáticos y oficiales, que desempeñan un papel ambiguo de fuente sonora y caja de resonancia a un mismo tiempo, en donde eventualmente son actualizadas según las circunstancias y los intereses en juego.

Así pues, en tanto discursos que se mueven en la esfera de la llamada *vox populi* y que están legitimados por su adscripción al marco de referencias culturales asimiladas subconcientemente, pocas veces reparamos en ellos al momento de enunciarlos para definir, en el caso del capitalino morelense, al Distrito Federal, y en el del oriundo de este sitio, a Cuernavaca. Si procediéramos de manera distinta, descubriríamos que lo que se pretende como una especie de veredicto sobre lo que es en sí cada ciudad, no es más que el testimonio sobre una de las múltiples facetas que la conforman. Y de este modo, prevenidos contra las simplificaciones, avanzaríamos hacia una comprensión más certera del horizonte complejo en el que se desenvuelven sus moradores respectivos.

Dicho todo lo anterior, una primera lectura crítica de estas concepciones generalizadas referentes a Cuernavaca y el Distrito Federal nos obliga a cuestionarlas sobre lo que nos dicen, pero fundamentalmente sobre lo que no nos dicen. He aquí algunas pistas.

Cuernavaca: la eterna primavera

Corrían los primeros años del siglo XIX cuando Alejandro Von Humbolt, científico alemán de visita en México, bautizó a Cuernavaca como "la ciudad de la eterna primavera", a manera de un cumplido que seguramente aludía a su tierra fértil, vegetación abundante y noble clima templado. Con este epíteto quedó expresada sintéticamente la predilección histórica (desde los días del imperio azteca hasta la actualidad) que tanto visitantes extranjeros como nacionales han tenido por esta localidad en la que han visto, por las cualidades mencionadas, un lugar idóneo de descanso, pero también de explotación.

En el contexto de la atribulada vida moderna de las grandes metrópolis, en específico de la Ciudad de México, el municipio morelense se convirtió en un espacio de fuga inmediato de aquellos agobiados urbanitas (con posibilidades económicas, claro está) que buscaban dónde suspender eventualmente, en el plano de lo físico pero también de lo simbólico, el trajín del problemático tiempo citadino.

Fue así que, con el consabido desarrollo de la infraestructura necesaria, Cuernavaca adquirió fama regional, nacional e internacional como ciudad turística de virtudes paradisiacas; de hecho, el ensayista mexicano José Luis Martínez la define como "Tamoachán, paraíso de los capitalinos". A este respecto, no debemos pasar por alto este elemento de lo paradisiaco como constitutivo de la imagen que con el tiempo ha sido construida para referirse a Cuernavaca: en el fondo de esta apreciación subyace la idea de un lugar en donde, en gracia con la divinidad, los humanos viven en un estado de armonía absoluta entre sí y con la naturaleza; un lugar en donde la voluntad única es la de gozar de las delicias brindadas. Tampoco podemos ignorar la idea complementaria: la del individuo civilizado que, expulsado del idilio, regresa por sus fueros, en este caso, la provincia mexicana, dócil y salvaje a un tiempo, pero finalmente domesticable.

Aunque los significados que se atribuyen a Cuernavaca como ciudad dependen de las diversas apropiaciones psicosociales a que dan lugar criterios como la condición socioeconómica, la pertenencia grupal, la formación educativa y/o las experiencias vitales, entre otras, es un hecho que, en el panorama nacional, ésta es concebida como un sitio ensimismado, y por extensión su gente, en su gloria de edén terrenal; en donde la historia transcurre con toda tranquilidad entre la celebración prolongada, el baño en albercas de agua fresca bajo la luz del sol de mediodía, los paseos callejeros entre bugambilias al atardecer y la contemplación romántica de la noche clara y estrellada. Y frente a lo cual no existe otra actividad y destino posibles que recrearse hasta el agotamiento. Concedamos que algo de cierto ha de tener este cuadro de costumbres burguesas. Pero pensar a Cuernavaca exclusivamente en estos términos no es más que banalizarla. Significa omitir, gracias a la adopción (premeditada o no) de esta mirada hegemónica, otros ámbitos y situaciones más trascendentes de la vida social de sus pobladores, así como también las contradicciones sociales que devienen de su condición de ciudad media tercermundista en vertiginoso crecimiento. Sin ninguna pretensión de exhaustividad y al tanto del carácter más o menos arbitrario que hay en nuestra manera de exposición, puntualicemos algunas de estas omisiones u olvidos insoslayablemente presentes:

1. Primero fue, comenzando la década de los noventa, la construcción de la Plaza Comercial Cuernavaca, hecho que significó la desaparición de una considerable zona boscosa al nororiente del municipio; después, a finales de esos años, la intención de establecer una sucursal de la cadena de tiendas de autoservicio Soriana en tierras

comunales del poblado de Ocotepec, frustrada temporalmente ante la oposición de sus habitantes. Hoy día, en donde antaño se encontraba el ex Casino de la Selva junto con cientos de árboles, ahí donde se conservaba un importante patrimonio cultural y natural de esta metrópoli, se levanta una mole de acero y cemento que, una vez terminada, lucirá impunemente su nombre en letras relucientes: CostCo. No hay duda, son tiempos de cambio, tanto así que en la toponimia náhuatl de este sitio deberá reconsiderarse aquello de las arboledas y los bosques. Qué tal algo así como "Cuernavaca, lugar donde hay centros comerciales".

2. Poco se sabe de ella, excepto que si se cruza de noche por sus avenidas un olor como a gelatina tóxica, indeterminadamente coloidal, inundará los pulmones del visitante. Es la Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca; para los amigos: Civac. Lugar de fábricas y de interminables conjuntos habitacionales, su origen data de los años setenta cuando grandes empresas como la NISSAN, apoyadas por los gobiernos locales de entonces, se establecieron en estas tierras para fundar una plaza de operaciones lo más cercana posible al Distrito Federal. Además de su extrema lejanía (nada más que al sur), su abandono por las instancias de cultura estatales y su nada despreciable papel como semillero de grupos juveniles de rock, Civac comparte con el norte defeño el misterio de ser declaradamente una urbe dentro de la urbe: la de los obreros... y las oscuras señales de humo exhaladas desde las chimeneas del gran capital.

3. A primera vista, pareciera que no existe; de hecho, podría creerse que no tendría motivos para existir. Con tanta paz... Sin embargo ahí está. Frente a los excesos del poder, la sociedad civil organizada local. Sus principales líneas de acción están dirigidas a ámbitos como la ecología, los derechos humanos, la cultura, la asistencia social y la participación ciudadana; precisamente a aquellos ámbitos en donde las autoridades gubernamentales se muestran incapaces, prepotentes o injustas en el ejercicio de sus funciones. La historia de estos grupos ciudadanos se remonta a los años setenta cuando, al interior de una casa típicamente cuernavacense (fachada sobria, jardín prodigioso), muchos de sus actuales dirigentes se reunían en torno de las figuras intelectuales de Iván Illich, Erich Fromm y Sergio Méndez Arceo. Hay que decir también que una de sus mayores influencias históricas ha sido la lucha zapatista, la de 1910 y la de 1994. Probablemente, la supuesta invisibilidad de la sociedad civil organizada de este lugar se deba a que no se trata de un movimiento o manifestación de masas, sino en todo caso de minorías activas. Tal vez tenga que ver el refinamiento de sus prácticas sociopolíticas. Sin embargo, ahí está y estará, en la ardua tarea de ciudadanización de la *res* pública

4. En contraposición a la idea extendida de que el único aporte posible de Cuernavaca para con el arte y actividades afines es el de fungir como espacio para el relajamiento inspirador de los creadores, existe una emergente y inquieta escena cultural impulsada principalmente por jóvenes que comienza a enriquecer este rubro de la vida citadina y a hacerse notar en el exterior. En parte se debe a la intervención de instancias oficiales como el Instituto de Cultura y la Universidad del Estado (tal como lo menciona José Antonio Aspe en las páginas de esta misma revista), pero fundamentalmente a la iniciativa independiente de galerías de autor, grupos musicales, colectivos de diseñadores gráficos, foros y cafés, revistas culturales, cine clubes, programas de radio e individualidades varias. Por lo pronto, como inercias a superar figuran dos: el aislamiento y la autocomplacencia. Aspectos cuyas otras caras son, respectivamente, la comunicación y la crítica propositivas.

Apenas con el objetivo de servir como meras ilustraciones, este puñado de breves estampas descriptivas remiten a situaciones y problemas de mayor amplitud, entre los cuales podemos señalar el deterioro ecológico que conlleva la "modernización", la desigualdad social generada por la distribución inequitativa de la riqueza, la falta de espacios suficientes de participación ciudadana debido al autoritarismo estatal, y la desatención crónica del sector artístico-cultural bajo el planteamiento de que se trata de un asunto de importancia secundaria para el desarrollo del país. Compartidas por gran parte de las ciudades latinoamericanas, estas cuestiones se hallan presentes tanto en Cuernavaca como en el Distrito Federal.

El Distrito Federal: el infierno tan temido

La ciudad más grande del mundo, dicen los que conocen la leyenda. Y por ello deberíamos entender (tan proclives que somos a este tipo de datos), además de su extensión territorial y de su oceánica población, y tal vez por esta misma causa, que en el seno del Distrito Federal conviven múltiples y diversas realidades, incluso hasta el grado de la saturación. La demasiada gente (como definió a esta urbe su ubicuo cronista no oficial) es también, por lo tanto, la demasiada realidad.

No obstante, la imagen que el advenedizo contemporáneo suele tener de la capital mexicana, específicamente aquel que se apea proveniente del Valle de Cuauhnáhuac, se cifra principalmente en aquello que, por la vía de los hechos y desde las dos últimas décadas, se ha convertido en el fenómeno que atraviesa la vida cotidiana de los habitantes de este lugar: la violencia social extrema. Desde esta perspectiva, la sola mención del nombre de esta entidad evoca, casi como por antonomasia, situaciones de riesgo vinculadas con la inseguridad frente a la delincuencia o de intranquilidad frente al ritmo acelerado de vida.

En otras palabras, tanto en el plano de los hechos como en el de lo simbólico, el rostro de la Ciudad de México que parece afirmarse y proyectarse más allá de sus límites es el de un sitio en el que reina el caos y la descomposición sociales. En este sentido, sería un despropósito negar de tajo la evidencia e intensidad de estos rasgos, así como la existencia correspondiente de una representación social generalizada que gira en torno de ellos. Un ejemplo de esto es el caso de Ryan Hill, allegado de Rudolf Giuliani, quien recientemente propuso, entre otras cosas, la obligación de los creadores y de los administradores culturales de "proveer una imagen positiva" del Distrito Federal, bajo la amenaza de ser multados en caso de no cumplirla. Una declaración más a favor del abandono de la crítica.

Pero también nos parece un equívoco la tendencia a creer que la visión que distingue exclusivamente los signos funestos de la ciudad, dándolos por inmanentes y normales, define a ésta con plenitud. Primero, porque mediante la aceptación de esta idea se olvida que detrás de los asaltos, las violaciones, los homicidios, las aglomeraciones, la contaminación y un largo y doloroso etcétera, se encuentran problemas tales como la pobreza, la sobrepoblación, el hacinamiento, la falta de educación, la negligencia y la corrupción, que a su vez son el resultado de un modelo económico-político fallido y de ciertos factores históricos como el centralismo. Y segundo, porque no se toman en cuenta otros actores y actividades sociales que participan en y de la dinámica de la antigua Tenochtitlán, y que abren otras posibilidades al devenir actual de ésta.

Así pues, se trata de ubicarse al margen tanto de la frivolización de las élites políticas como de la satanización popular, y desde ahí ampliar nuestro campo de visión frente a una metrópoli de la cual hay mucho que aprender. De utilidad para el caminante cuernavacense en busca de recorridos poco frecuentados, a continuación presentamos unos cuantos puntos de interés de la Ciudad de México, extraídos de un mapa algo heterodoxo en lo que se refiere a su contenido.

1. El Distrito Federal es una ciudad considerablemente politizada en un sentido liberal y progresista. Ciertos sectores de su sociedad han contribuido a que esto sea así. No por influjo de los partidos políticos, sino por la herencia de los movimientos sociales históricos de los que han sido protagonistas directos o testigos insobornables. De hecho, en estos días de nuevo siglo con olor a viejo, el Distrito Federal se coloca como una de las puntas de lanza de la lucha ciudadana por el respeto o recono-cimiento de determinadas libertades y derechos civiles frente al Estado o las mayorías. Los ejemplos van desde las movilizaciones estudiantiles en contra de la privatización de la educación pública (que no se reducen a la huelga del CGH), pasando por la búsqueda de la despenalización del aborto o la legislación contra la discriminación social, hasta la legalización de la mariguana.

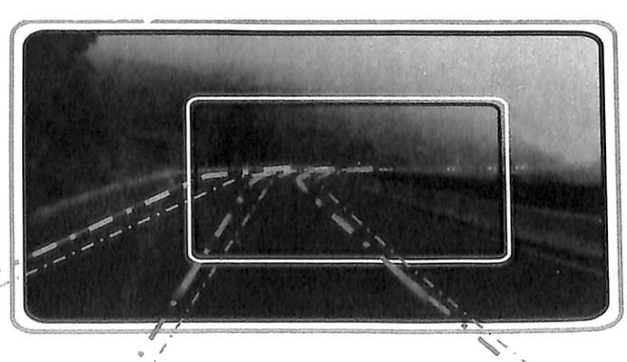
2. Es sabido que en la Ciudad de México se concentra gran parte de la infraestructura estatal de educación y cultura de la nación, y que esto ha dado origen a una

sobresaturada oferta institucional que parece engüir cualquier iniciativa nacida fuera de su espectro. Sin embargo, a pesar de todo, la "capirucha" es escenario de abundantes manifestaciones culturales de otro cuño, llámense populares, independientes o alternativas. Un paseo desprejuiciado por algunas de éstas tendría como paradas obligadas salones de baile, cantinas y pulquerías, plazas domingueras, tianguis, conciertos improvisados de rock o jazz, performances, obras teatrales en foros pequeños, presentación de revistas *underground*, lecturas de escritores nóveles... Tanto las actividades que promueven las instancias educativas, y de formación y difusión artísticas oficiales, como las que surgen de los espacios u agrupaciones autogestivos forman parte de la cultura urbana defeña. Ni unas ni las otras, las dos.

3. Un proceso que merece la atención de propios y ajenos es el de la segregación del Distrito Federal en dos ciudades: la de los ricos y la de los pobres. Acciones como la remodelación del Centro Histórico financiada por el capital privado, la implementación de un corredor de seguridad que abarca las zonas ricas del poniente y del sur, y la construcción del segundo piso del periférico sugieren su puesta en marcha. Sergio Zermeño describe esta división territorial clasista de la siguiente forma: "Tendríamos así la media luna de los integrados con su muralla virtual, desde el centro hacia el poniente y hacia el sur (conectada incluso con su segundo piso) cada vez más segregada de la media luna de la exclusión, en donde se cometen 60 % de los delitos del Distrito Federal, y que va de la Guerrero, la Morelos, Tepito, la Merced, Circunvalación, Santa Julia, la Doctores, Buenos Aires, aquí sí con un buen etcétera que hace eco hasta Iztapalapa..." (*La Jornada*, 14/nov./2002). La pregunta entonces ya no es qué lado de la luna nos gusta más, sino cuál está al alcance de nuestro bolsillo.

En fin, la manera en cómo se piense y conciba a la ciudad del otro será también la manera en cómo se piense y conciba al otro mismo. Si a la imagen de Cuernavaca como paraíso primaveral le corresponde la imagen de una sociedad despreocupada y pasiva, a la de la Ciudad de México como infierno urbano le concierne la de una sociedad depredadora y violenta. Advertidos ya de su efecto mistificador, no debemos pasar por alto que ambas construcciones simbólicas están vinculadas con una relación histórica de poder: la del conquistador y la del conquistado o, en otros términos, la del dominador y la del subordinado.

Por lo tanto, entre mejor informados estemos sobre la compleja realidad citadina del otro, mejor será nuestra comprensión de su identidad y de sus comportamientos, de modo que al interactuar con él lo hagamos sin reducirlo o estigmatizarlo. En la relación entre la capital morelense y la capital mexicana la apuesta debe orientarse al ejercicio de la crítica y la autocrítica, para así valorar en su justa dimensión nuestra ciudad y la ciudad de enfrente. Y de esta forma dar lugar a políticas estatales y actitudes ciudadanas que procuren un mejor entendimiento y una superación planificada de los problemas de fondo que afectan a cada urbe, y que enmarcan su convivencia.



Corazones paralelos. Los centros históricos de Cuernavaca y la Ciudad de México

Diana Urdapilleta Altamirano

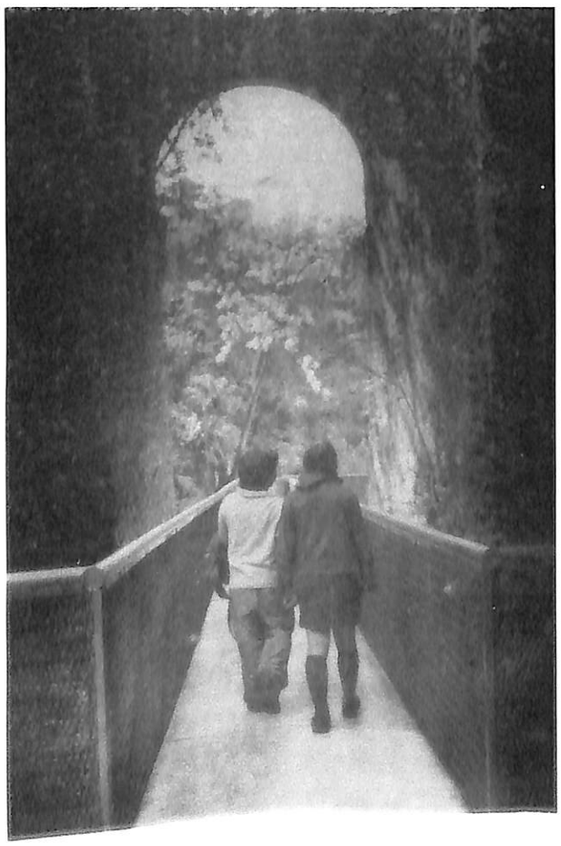


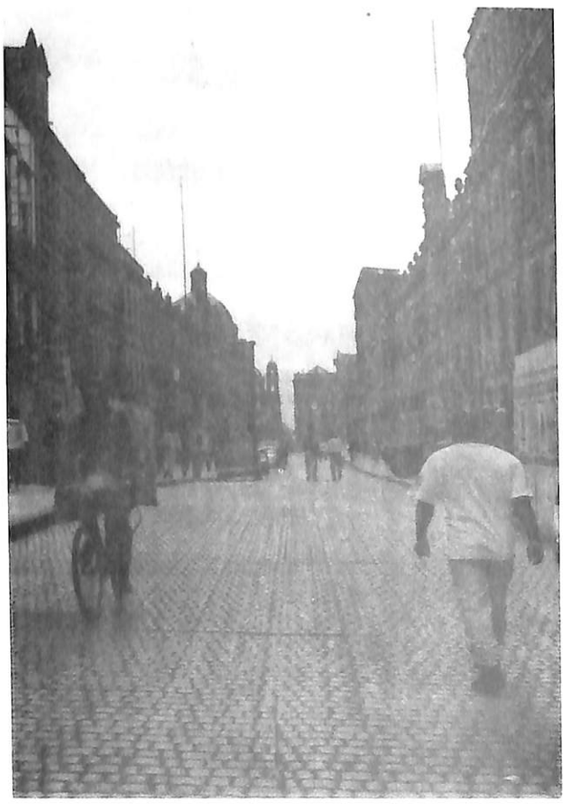


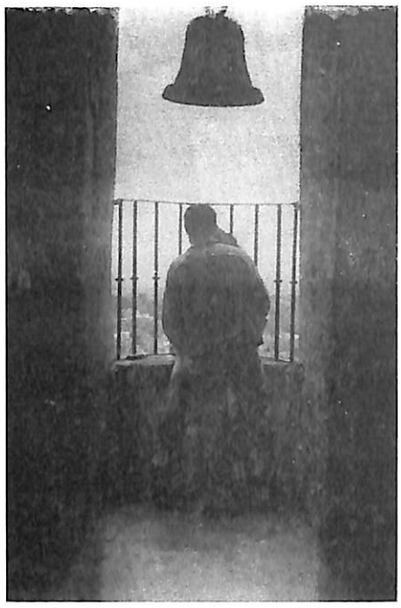








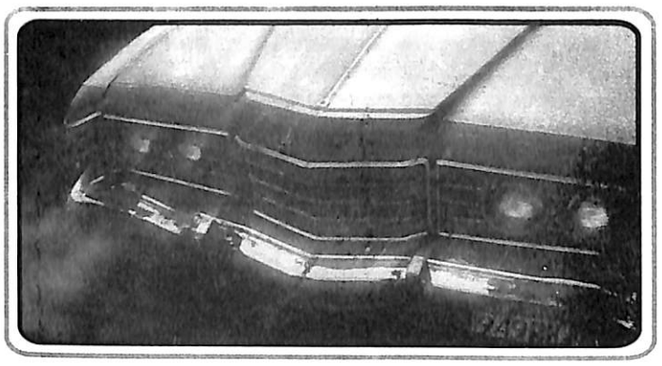












Fotografía de **Ricardo Alonso**

Esquema de alacrán

Daniel Vázquez

Dedicado al desempleo
y al buen metal

Se estuvo masturbando hasta que observó serpentear su esperma a través del agua. Con la imaginación obsequiada por la mariguana, El Mugres pensó que se trataba de una nueva especie biológica, dada la belleza de los movimientos ondulatorios que el conjunto millonario de células espermatozoides hacía al salir despedido por el húmedo miembro. Se continuaba viniendo y Marlene gritaba porque El Macho comenzaba a venirse mientras parecía que la casa se venía para abajo. Para abajo y para abajo como aquella extravagante sensación que se experimenta cuando la mariguana asesta un latigazo contundente tras la cabeza. Para abajo, como el descenso del tequila a través del esófago, quemando toda mucosidad a su paso. La casa parecía venirse para abajo en el instante justo en que Marlene con la nuca apoyada sobre el piso y saboreando los residuos de un orgasmo observaba caer las gotas de semen emitidas por el pito de El Macho, desde un metro de altura, en dirección a su boca que jadeaba de la misma manera, y en la misma temporalidad, que la de El Mugres, El Macho, El Memo y El Mostro.

11:27 PM/Carretera libre a Cuernavaca

—Jálate al mirador, culero.

—Aguanta vara, El Memo ya anda bien pedo, güey... ve nada más cómo agarra las curvas bien pinche, güey —exclamaba Marlene, mientras sostenía con fervor la séptima cerveza que la parranda le permitía a bordo del Volkswagen negro.

—Ora, putos... no sean macanas y pasen la guama.

—Ya, pinche Mugres... chinga tu madre, tú ni siquiera pusiste para la gas —replicó El Memo al instante que giraba con pericia el volante sobre las estrechas curvas que ascendían hacia Topilejo. El Memo se detuvo en una vinatería para evitar un desagradable desabasto de caguamas y cigarros. Una vez que hubo recargado el cartón con las suficientes cervezas, y su cabeza con un poco más de cocaína para revitalizar los reflejos, El Memo garantizaba así la llegada, frenética e impulsiva, de su vocho hacia Cuernavaca, escupido desde las ruidosas calles del Distrito Federal.

11:50 PM/Mirador

Mientras El Macho orinaba, dirigiendo su chorro hacia el fondo imperceptible de una barranca, la Ciudad de México se le ofrecía como una anárquica formación de luces, a manera de un paisaje dibujado por la creatividad más alcoholizada que su cabeza pudiese imaginar, evitando así escuchar los gritos de apresuramiento que sus compañeros le hacían ante la llegada de dos patrullas de la federal de caminos. El Macho regresó a la realidad con sólo escuchar la sirena que los policías hicieron sonar para ahuyentarlos del sitio, por lo que su necesidad fisiológica no fue satisfecha del todo. Se subió al auto con una mancha en la entrepierna, con lo que se ganó el gesto de repudio de parte de El Memo, Marlene y El Mugres.

01:13 AM/Centro de Cuernavaca

—Quiero miar.
— Sácate a la verga.
—Destápate otra guama, ¿no?
—Quiero sexooo...
—Jálate aquí, a la izquierda.
—Quiero miar.
—¡Ya cállate, puto mugroso!
—Esa guama, a ver a que horaaas...
—No mames... aquí está bien pinche muerto, güey.
—Ora a la derecha, y te sigues.
—Quiero miar.
—¡Te voy a romper tu puta madre, cabrón!
—Ai'stá, ya vamos a llegar con El Mostro...

01:30 AM/Casa del Mostro

En la alberca flotaba una truza, cuyo dueño no quiso reclamar. El Mugres por fin estaba orinando, a través de un medio físico caracterizado por su consistencia molecular de adaptarse en el recipiente que lo contiene. Por tal motivo, el agua se tornó amarillenta alrededor de la cintura de El Mugres, sin que los demás se percataran de ello. Los pezones de Marlene no estaban erectos tras su camiseta blanca, pese a que la temperatura del líquido en la alberca rondaba los quince grados centígrados. El aparato de sonido superaba la media de decibelios tolerada socialmente, y la mesa, ubicada en la sala de la casa de El Mostro, se hallaba plena de una gran variedad de bebidas alcohólicas. Aunque todo parecía estar en perfecto orden, algo comenzaba a afectar la estabilidad química y emocional de la cabeza de El Memo: la cocaína se estaba terminando.

02:40 AM/Plazuela

Clutch. Freno. Clutch. Segunda. El Memo nunca pone el punto muerto cuando pasa por encima de un tope en los momentos que su sangre exige más coca. Acelerador. Clutch. Tercera. Vuelta a la derecha. Acelerador. A donde sea. A ningún lado, tal vez. Ahora a la izquierda, hacia la Plazuela, ahí siempre hay alguien. Bájale de güevos: una tira. Coca. Freno. Tu cinturón, güey. Párate, voy a ver qué pedo. Coca. Punto muerto. Radio. Minutos. Más minutos. ¡Vámonos a la verga! Clutch. Primera. Más radio. Más adelante. No hay ni madres. Segunda. Tercera. Cuarta. Más coca...

03:00 AM/Poblado de Ahuatepec

—Pinche Mostro, no me salgas con mamadas...
—Tú jálate derecho. Por aquí conozco a un güey.
—No mames, si esta madre va para Tepoztlán.
—No hagas pedos y súbele a ese radio.
—¡Hijo de tu puta madre! Nada más donde no haya ni madres...
—Ya, puto. Aquí en Cuerna a güevo que sigue la fiesta.

03:15 AM/Autopista de cuota al DF

Tan encabronado como un toro cuando ve un capote rojo, El Memo, sin emitir palabra alguna, mantenía su vocho entre los ciento diez y los ciento treinta kilómetros por hora. El automóvil, en su frenético avance, devoraba las líneas divisoras de cada carril, con un entusiasmo similar al de su conductor cada vez que éste absorbía por la nariz las líneas formadas por aquel polvo blanquecino, a manera de prolongar la llegada del emputamiento. La necesidad de correr hasta el DF a tal velocidad, para conseguir unas cuantas piedras de cocaína o de *crack*, era tal que a El Memo ya no le importaba que una patrulla de la PFP lo detuviese por conducir a exceso de velocidad. El tiempo era una turbulencia más, perseguido sobre la autopista ante la amenaza de dislocar severamente la cordura.

Cuernavaca y el DF, separados por una lesión asfáltica en la brusquedad de la sierra, se reducían a la función de servir como dos puntos nodales que, sin proponérselo, retroalimentaban la necesidad de desmadre que los depredadores habitantes de la gran ciudad llevaban a cabo para satisfacer aquel primitivo instinto de dominación de unas especies sobre otras. La brumosa panorámica en La Pera chirriaba con la ayuda de una monumental sinfónica de grillos mientras El Mostro, mirando hacia la ventana, extraía un moco verdoso de su nariz.

03:58 AM/Colonia Santa Úrsula-Santo Domingo

De regreso al DF:
#1. Tomar avenida Insurgentes. Verificar que la ansiedad quede como un mal recuerdo y tramitar las paces con el copiloto.
#2. Tomar calzada de Tlalpan y adentrarse en la colonia Santa Úrsula con precaución, debido a la constante presencia de elementos policiacos en permanente operativo.
#3. Salir de la colonia Santa Úrsula, ante el nulo éxito en la compra de droga.
#4. Subirle el volumen al radio, para soportar el malestar.
#5. Enfilarse a la colonia Santo Domingo, tras el Estadio Azteca, con el objetivo de cumplir la misión.
#6. Detenerse, apagar el motor y chiflar característicamente al *dealer* en cuestión. Aguardar un par de minutos y tener a la mano el dinero necesario.
#7. Subir al auto, y conteniendo la felicidad, dirigirse de nuevo a calzada de Tlalpan.
#8. Cuando la luz roja se muestre, esnifar con entusiasmo una pequeña porción de los seis gramos de la droga adquirida.
#9. Con una tenue sonrisa, manejar con serenidad en dirección a la autopista de cuota a Cuernavaca.
#10. Discretamente, y con gran disimulo, ser amable con el servidor que atiende en la caseta de cobro. Esta precaución se debe a la presencia de elementos del ejército mexicano que salvaguardan las instalaciones federales del Capufe.
#11. Reír, reír mucho y admirar la Ciudad de México a unos ochenta kilómetros por hora.

04:47 AM/Autopista de cuota a Cuernavaca

Fumada. Aspirada. Como el carburador de un Volskwagen sedán quemando aceite y gasolina, la estimulación provocada por el clorhidrato de cocaína, al reaccionar en la sangre de una persona de ochenta y siete kilogramos, ocasiona un notable aumento en la actividad cardiovascular. De nuevo ciento treinta kilómetros por hora. Cuarta velocidad. Vete relax, Memo. El vocho tiene las luces altas, y como éstas, las pupilas de El Memo se encuentran dilatadas, producto de un efecto secundario peculiar de dicho estimulante. Más coca. Más chela, pide El Mostro. El Memo suda a chorros, debido a la evacuación que el cuerpo hace de las sustancias tóxicas, y el escape del vocho vomita humo, producto de las impurezas que la combustión hace de lo que no necesita.

06:20 AM/Casa del Mostro

Cuando entraron, un Mugres dormido en el borde de la piscina los recibió con el saludo que hace un cuerpo inerte avisando el éxito de la embriaguez. El Mostro, con una locomoción entorpecida, se dirigió hacia El Mugres y cogió la cerveza que éste dejó, a su lado, sin terminar. El Memo y El Mostro se dirigieron a la sala, esquivando los obstáculos que botellas y prendas de vestir formaban en el piso, con un singular entusiasmo para continuar ingiriendo alcohol. El silencio rebotaba por las paredes de la casa, como indicio de una ausencia de actividad humana; al adentrarse, éste se fracturó.

—¡No seas hijo de tu puta madre, Macho! —exclamó un pálido Memo ante la escena que recibían sus ojos al ver al Macho desnudo, sobre el sillón, junto a Marlene.

— ¡Qué, puto! ¿Pa' qué te abres?

—¡No, cabrón, chingas a tu madre! ¿Por qué te cogiste a mi vieja, ojete?

—Pues si no estás, hijo de tu reputa madre, ¿quién le cumple el favor a tu ruca? —replicó un desnudo Macho.

—Yaaa, no se peleen, ojetes, y mejor rolen —terció un embriagado Mostro. Por encima del escaso bigote de El Memo, un gusano sanguinolento, proveniente de la nariz, amenazaba con entrar sin pedir permiso en la comisura de sus labios. Con un poco de frío, y un par de inhalaciones de cocaína de mala calidad, El Memo se tranquilizó, miró a sus dos borrachos, y los abrazó como si fuese una cariñosa madre que se despide de sus hijos.

—Voy al baño. Me estoy cagando.

—¿Tons si me prestas tantito a tu ruca, Memo? —insistió un caliente Mostro.

—Hagan lo que quieran, par de putitos.

Memo entró a cagar, y cuando las primeras contracciones anales liberaban una serie de gases, se limpió la nariz. Lo rojizo del papel ensangrentado le hizo recordar la luz roja de un semáforo de la esquina de su calle.

11:27 AM/De nuevo en casa del Mostro

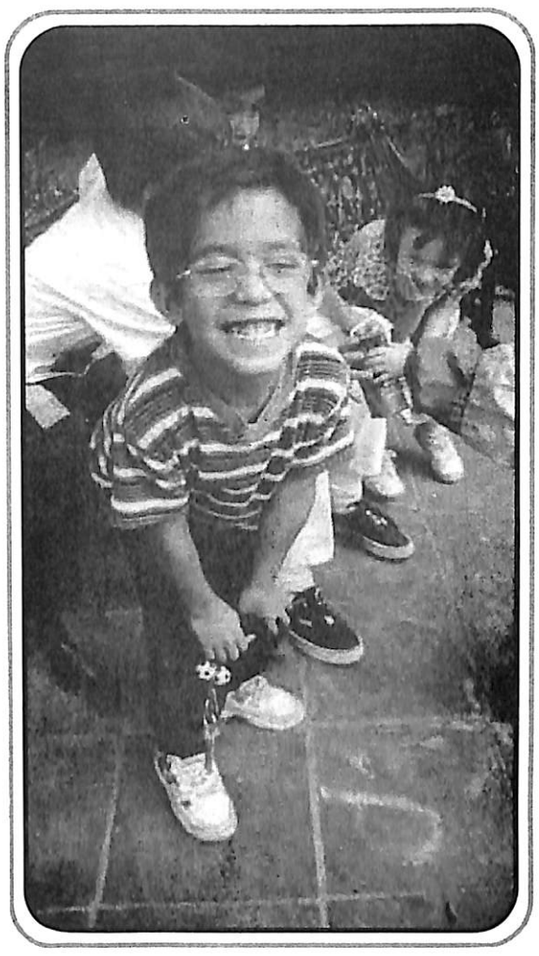
Marlene despertó, con un dolor de cabeza poco común. El sillón que sostuvo su cuerpo durante la noche contenía del lado opuesto a su cabeza a otro cuerpo más, cuyos ronquidos eran suficiente indicio de un sueño acogedor e imperturbable. Dicho cuerpo albergaba en su abdomen extraños símbolos, realizados por alguna mano ebria con la intención de construir una frase que se burlase de su condición inerte, producto de una fuerte borrachera. Marlene advirtió una sensación pegajosa encima de su hombro, su vientre, su rostro, y entre sus piernas, por lo que una sensación de asco le hizo evocar las últimas imágenes que tuvo frente a sí, antes de quedarse dormida. Una vez incorporada, con cierta prisa, Marlene quiso conocer el rostro de aquel con quien compartió el sillón durante la noche. La única seña característica que pudo observar en este individuo era un ojo rodeado de un fuerte hematoma, fruto de un traumatismo agudo causado por un contundente puñetazo. Tras un breve reconocimiento, Marlene concluyó que alguien se había madreado al Mostro. Recogió su ropa, y envuelta en una sábana, se dirigió al baño a darse una ducha. Su entrada al baño se frustró al no poder abrirlo, sin saber que el ocupante en ese cuarto era el cuerpo de El Memo profundamente dormido. Marlene cruzó la sala y salió hacia el jardín. El calor en Cuernavaca era exactamente como el que esperaban la noche anterior a su llegada: áspero y húmedo.

Marlene, desnuda, se metió a la alberca. Se limpió aquella plasta reseca que sobre su piel formaba una capa blanquecina. Pensó que sería delicioso frotar su clítoris ahí dentro, jugueteando con el agua. Se estaba masturbando hasta que observó el reflejo del sol sobre la tensión superficial de la superficie acuática. Se masturbó y se metió el dedo, y después se apretujó los pechos y se pellizcó los pezones, y con la imaginación obsequiada por el advenimiento del orgasmo, Marlene trató de sentirse como una sirena viniéndose en alta mar, a mediodía, con el abrazo del sol reflejado sobre su cara, sin saber que aquella sensación pegajosa serpenteaba de nuevo a través del agua.

Ya entrada la tarde, Marlene se enteró que El Mostro se quiso coger al Macho cuando éste se encontraba dormido. El Mugres le contó que El Macho, furioso, se fue de la casa a bordo de un Volkswagen negro que tomó sin pedírselo prestado a su dueño. Cuando Marlene se encontraba recogiendo su maleta, encontró un pequeño alacrán, anaranjado e inmóvil, que parecía no mirar a ningún lado. Se agachó a observarlo, y lo vio levantar su aguijón. El alacrán, retador, mostraba sus tenazas, mientras que de la punta de su ponzoña brotaba un líquido amarillento que Marlene asimiló como el asqueroso esmegma que rodeaba la parte inferior del glande del pito que El Macho le metió en la boca. Aquel repentino *flashback* se desvaneció cuando Marlene sintió un pinchazo en su mano, al cual respondió con un pisotón antes de que el arácnido corriera a refugiarse en algún rincón cálido.

Guía triste de la ciudad de México

Pável González Briones



Esta ciudad [...] es tan horrible que su mera existencia y perduración, aunque en el centro de un desierto secreto, contamina el pasado y el porvenir y de algún modo compromete a los astros. Mientras perdure, nadie en el mundo podrá ser valeroso o feliz.
Jorge Luis Borges, *El Inmortal*

Un paréntesis onomatológico

Aún la llamamos Distrito Federal o *de efe* (haciendo obviamente una abreviatura fonética de aquel nombre) o simplemente México, y a sus habitantes, sin investigar si han nacido ahí o no, chilangos o, a los que se tiene la seguridad de que han nacido ahí, defeños o, me parece que de manera un poco peyorativa, defequenses. No es que esto haya cambiado en el habla cotidiana, pero ahora que el lenguaje ha querido especializarse tanto (Monsivais *dixit*), en la calle como en las universidades, no faltará quien se apreste a puntualizar en una conversación que chilango es aquel habitante de la ciudad que llegó a vivir en ella como si en el caso de las ciudades el verbo vivir fuera otra cosa que transitivo sin haber nacido en ella, curiosamente a contrapunto de la opinión de la Academia Mexicana de la Lengua que ha *legalizado* el uso del término "chilango" no como simple adjetivo sino como todo un respetable gentilicio. En cuanto a la ciudad, gracias a las transformaciones de carácter político que ha experimentado desde 1997, se le ha dado mediáticamente el nombre de Ciudad de México. Así la llamaré aquí pues me parece, precisamente por esta razón, que el nombre es más cercano, más familiar quizá y, por lo mismo, más esclarecedor.

La soledad de Teseo

La Ciudad de México me cautiva y enloquece. Me fascina y me desborda. Me desquicia y nulifica. Como la muerte, me obsesiona y acomete. Presa soy de su mortal encanto.

Hace mucho tiempo que esta dejó de ser la región más transparente del aire, sin embargo, con un poco de suerte, aún ahora es posible ver por uno o dos días al año, desde el cerro de

Chapultepec o el Ajusco, la majestad de los dos volcanes legendarios dominando el horizonte. En este punto, el viajero moderno podrá conocer la comunidad con el viajero de todos los tiempos que ha hecho llegar sus pasos hasta esta ciudad, sea por casualidad o por búsqueda intencionada de sus afectos. El otro punto en común que tendrán estos dos viajeros será el de tener como primera impresión la certeza de estar contemplando un paisaje cuya exuberancia remite únicamente a la incomprensión. Al viajero antiguo, al conquistador español, lo contemplado le valió un elogio y la destrucción. Al viajero actual, perdido en el tiempo, le ha valido el cautiverio y su destrucción. Todo comienza aquí.

En este paisaje nada encontrarás que te sea familiar. Las casas, los edificios y los coches; la gente los árboles y los parques y hasta los perros mendigos de la calle revestirán un código nuevo que deberás descifrar pues habla de ti mismo, no de ese Tú mismo que has dejado, sino de ese nuevo ser que se hace perceptible en la soledad más profunda. Lo que ves es tan exuberante que no sabes si eres ya parte de ese paisaje, es decir, nada. O un componente más de un organismo secreto cuya existencia sólo se revela a quien mira con atención... ¡el cielo! Por el cielo de la Ciudad de México cruzan aviones y helicópteros a todas horas y nada podrá hacer que cese su tráfico, pero una mente despierta, al verlos ir y venir ignaros de todo, ausentes del tiempo, como suspendidos, advertirá la imposibilidad de esta ciudad, la paradoja de su existencia. Por eso la Ciudad de México es una Utopía, en un doble sentido. Aquí el sueño de los utopistas del Renacimiento encontró su apoteosis, pero de manera irónica: la ciudad corresponde a la idea del caos, y aunque funciona se dirige a la muerte y a la aniquilación total sus habitantes. Esta ciudad, refugio del acontecimiento, es también el territorio del no-lugar, pues en ella todo parece ocurrir con el ritmo vertiginoso de lo que es ajeno. Lo que ocurre es ajeno pues nadie tiene tiempo de hacerlo propio. Incluso si lo que ocurre te ocurre a ti sentirás que es ajeno pues siempre serás el Otro para la colectividad, sin la cual, en la Ciudad de México, no eres nada, ni siquiera nada. No existes, pero si existes, existes como nada. Tu ser, ese ser, por el que tanto tiempo se empeñaron primero tus padres y tus maestros y luego tú mismo, y que durante tanto tiempo te concedió relieve en un ambiente conocido y la posibilidad de una existencia, ese mismo ser que a fuerza de convivir con él lo creíste verdadero se difumina, se disipa, se hace leve, en un sentido kunderiano. Es la gente, la gente de los pasillos del metro, quien te lo roba. Es el robo del ser, el adelgazamiento de tu prominencia la constante en esta ciudad. Es normal, cuando alguien te roba el ser tú se lo robas a alguien y a todos nos engulle este organismo secreto, de nosotros se alimenta. Sin embargo, es probable que pronto encuentres la manera de hacer de esa soledad tu aliada, pues no habrá momento alguno en que, una vez que la has descubierto, dejes de sentirla. Es la soledad humana, trasciende lo necesario y lo contingente, te acompaña aunque no la percibas.

Octavio Paz habló del alma del mexicano como de un laberinto de la soledad, consciente de la ambigüedad del genitivo. La transmutación de esta alma en ciudad es la Ciudad de México, ésta es también un laberinto. Sólo queda una pregunta. ¿Dónde está Ariadna?



La UNAM en Cuernavaca, una oportunidad para los estudios de la ciencia como un bien cultural para la población

Óscar Rodríguez

Hace más de 20 años...

La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) llegó a Cuernavaca hace poco más de 20 años. La institución pionera fue el Centro de Investigación sobre Fijación de Nitrógeno, seguido por el Instituto de Física, la Unidad de Matemáticas, el ahora Instituto de Biotecnología, el Centro de Energía (Temixco) y finalmente el Centro Regional de Investigación Multidisciplinaria, ubicados dentro del *campus* de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM).

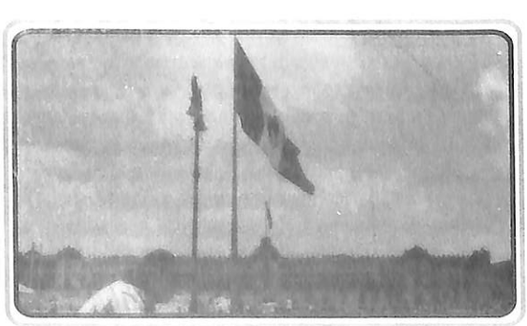
La presencia de estas instituciones de investigación hizo posible la creación de la Facultad de Ciencias de la UAEM, destinada a la formación de investigadores en las áreas de biología molecular, informática, física y química. Así mismo, el resto de las facultades contaron con la incorporación de muchos investigadores a su planta docente. Cuernavaca se convirtió en la ciudad que tiene el mayor número de investigadores por habitante en el país, y Morelos ocupa el segundo lugar nacional en número de institutos y centros de investigación. Esta relación inicialmente académica ha formado morelenses por convicción, y como en cualquier otra comunidad biológica también ha generado morelenses por nacimiento.

La UNAM y la licenciatura en ciencia genómica en Cuernavaca

En 2003 se creó la primera licenciatura de la UNAM fuera de la zona metropolitana: la licenciatura en ciencia genómica (http://www.lcg.unam.mx), cuya responsabilidad recaerá en el Centro de Investigación sobre Fijación de Nitrógeno y el Instituto de Biotecnología. El conocimiento de la información genética se prevé como la "ciencia del siglo XXI"; esta disciplina pone a Morelos en la vanguardia de educación en ciencia y tecnología, ya que será la primera en Latinoamérica. Existen tres semejantes en Europa y una en Estados Unidos; aunado a este esfuerzo, también se construirá en Cuernavaca el Instituto de Medicina Genómica.

Este esfuerzo académico es la oportunidad más importante a escala profesional que se ha generado en nuestro país, y los primeros beneficiados tendrían que ser los jóvenes habitantes de Morelos, pues tienen la opción de ingresar desde el nivel bachillerato a las fronteras del conocimiento y se pueden integrar al futuro del mismo. Tanto los egresados de ésta como de otras licenciaturas también tienen la oportunidad de hacer estudios de posgrado de excelencia académica sin tener que moverse de la región, lo cual implica reducir costos de manutención. Las cuotas de inscripción y semestrales de cualquier licenciatura y posgrado de la UNAM siguen siendo de sólo 25 centavos.

En este sentido, es relevante mencionar que más de 50% de la investigación que se realiza en nuestro país se lleva a cabo en la UNAM, en lo referente a la parte científica, ya que en el área de humanidades sólo compite con la Universidad Autónoma de Guadalajara.



El Centro de Investigación sobre Fijación de Nitrógeno, a través de los grupos de investigación del doctor Jesús Caballero Mellado y del doctor Jaime Mora, logró la comercialización de dos tipos de biofertilizantes por la compañía ASIA (Asesoría Integral Agropecuaria y Administrativa, la cual tiene su planta de producción en la ciudad de Cuautla), con la intervención jurídica de la UNAM el pasado mes de mayo de 2003.

El primer tipo de biofertilizante consiste en un soporte de turba al cual se le adicionan cultivos de cepas seleccionadas de *Azospirillum*, y que se comprobó su potencial en más de dos millones de hectáreas en México en cultivos de maíz, sorgo, trigo y cebada con un rendimiento promedio por hectárea de 26 %. Este microorganismo forma colonias sobre la superficie de las raíces y es también un fijador de nitrógeno en vida libre, que aporta entre 5 y 20 kg de nitrógeno por hectárea. Su principal efecto como biofertilizante se debe a que también produce hormonas vegetales del tipo de las auxinas, por lo que las plantas tratadas ramifican sus raíces, mejorando la absorción de nutrientes, con lo que se obtiene un mejor y más rápido crecimiento de la planta. El biofertilizante se aplica directamente a la semilla y una bolsita de 380 g es suficiente para sembrar una hectárea de maíz o sorgo.

El hecho de que se haya probado su efectividad en distintas zonas geográficas (lo cual ya es un éxito en sí) abre la posibilidad de su exportación, ya que una de las singularidades de nuestro país es que nuestro territorio está constituido geológicamente por los distintos continentes; de tal suerte que distintos tipos de suelo que hay en México son semejantes al de otros países. Además, algunos agricultores lo han aplicado en árboles frutales, plantas de ornato e inclusive en la región de Chiapas lo han utilizado en zonas de reforestación selvática.

El segundo tipo de biofertilizante, que próximamente estará disponible para el agricultor, fue desarrollado por el doctor Jaime Mora y Humberto Peralta, con cepas modificadas genéticamente de *Rhizobium etli* (microorganismo fijador de nitrógeno en asociación simbiótica con el frijol).

Dentro de la estructura genómica de *Rhizobium etli* la mayor parte de los genes involucrados en la simbiosis, así como en la fijación del nitrógeno, se encuentran integrados dentro de un plásmido llamado simbiótico. Al analizar esta estructura se encontró que existían dos copias completas del operón de la nitrogenasa (enzima que fija nitrógeno) y una truncada, pero con una mayor expresión genética debido a la presencia de su promotor de transcripción.

La modificación genética consistió en utilizar este promotor y sustituirlo en una de las copias completas del operón. Estas modificaciones no causan ningún riesgo para el ambiente y no se trata de bacterias transgénicas.

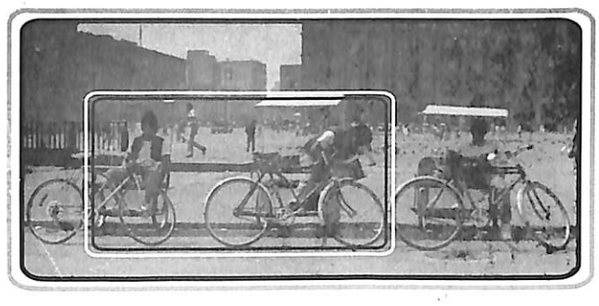
Las cepas seleccionadas producen un aumento en la fijación de nitrógeno entre 30 y 40 %. Los cultivos de frijol que fueron biofertilizados con estas cepas incrementan la producción de semilla en 30 % y esta semilla contiene alrededor de 50 % más de nitrógeno, lo que representa una gran ventaja para el consumidor, pues la semilla es más nutritiva.

Para terminar...

Así pues, la UNAM ha beneficiado a la población morelense, y en particular a los jóvenes en formación académica, ofreciendo una licenciatura y varios posgrados de excelencia académica de calidad internacional.

La UNAM ha fomentado el crecimiento científico y tecnológico de Morelos y ha incorporado a su vida académica a muchos oriundos de esta entidad; sin embargo, apenas 30 % de la población académica es morelense y es ahí donde se debe trabajar más en la difusión y divulgación de sus actividades.

Te invitamos a pertenecer al azul y oro de la máxima casa de estudios de México.



Anécdotas del dedo gordo

Isadora Escobedo Contreras

La principal razón de salir de Cuernavaca hacia el *de efe* fue, por un lado, el bajo nivel de la universidad en que estudiaba y, por otro, la posibilidad de irme de mi casa con todo pagado. Es decir, significaba entrar a una escuela con un nivel académico asegurado y además conseguir un departamento, gastos de manutención, etcétera, financiado todo por la Fundación Escobedo.

Llegar al *de efe* implicó cambios en los hábitos de toda la familia y la resolución de los problemas prácticos como:

1. La negociación económica para definir mi manutención mensual.
2. Encontrar dónde vivir, o bien, ir y volver de Cuerna el mismo día.

Al final, la familia Domínguez me ofreció su casa y alimentación por una módica cantidad que mis jefes pagaron de lo más contentos por estar en una casa conocida, con niños, un cuarto gigante, balcón, jardín y buena ubicación respecto a la UAM-Xochimilco.

Aunque más adelante conseguí un departamento, esta primera estancia provocó que mis viajes a la ciudad de las *Buganvillas* fueran sólo los fines de semana.

Otra de las resoluciones familiares fue acerca del dinero, decidieron darme 1 500 pesos al mes, con lo cual me alcanzaba para una ida al cine, dos *revens*, cuatro semanas de peseros, comida en la cafetería de la escuela y algunas fotocopias. Aun con todas las pranganeses posibles, las idas a Cuernavaca excedían el presupuesto por mucho: una visita a mis padres me costaba, aproximadamente, 150 pesos, por lo que al mes me gastaba 600 varos, es decir, casi la mitad de mi mesada; lo que me dejaba, para todo el resto de los gastos, un total de 900 pesos, o sea, era pobre, pobre, pobre, pobre... con algunos alivianes de mi madre y algunos inventos míos para tener un poco más: libros, fotocopias, doctores, medicinas, pero como todos los estudihambres que venimos de provincia, vivía más o menos bien, pero cualquier extra me dejaba bastante rasta.

Así descubrí una de las virtudes de mi dedo gordo. No estaba dispuesta a dejar de ir a Cuerna, ya era suficiente con toda la depresión de estar la semana entera sola en la ciudad de las transas y el esmog, no conocer a nadie y estar con una familia que más bien parecía un zoológico, así que tuve que buscar alternativas.

La primera vez que viajé de aventón fue con el grupo de teatro Chaneque. Adriana me enseño a levantar el gordo en la Paloma de la Paz y a no treparme en el primer automóvil que se ofreciera, sino a fijarme en que el conductor viajara solo y no tuviera cara de loco, a memorizar las placas y de preferencia a ir acompañada.

Esos viajes con los teatreros fueros esporádicos, pero a partir de mi entrada a la universidad el *raid* se convirtió en una actividad de lo más frecuente en mi vida.

Al principio, andar de aventón da miedito, piensas que estás volviéndote loca, que en cualquier momento resultará que el conductor es un violador o de menos un *pervert*, o que cuando menos te lo esperes te van a secuestrar, matar, robar, manosear o que, in-e-vi-ta-ble-men-te, algo malo te va a pasar..., y lo peor: pensaba que si me sucedía, sería mi gran y estúpida culpa.

Ni pedo, tenía que tomar el riesgo porque mi economía no daba para más, y aunque lo diera, ya había encontrado la manera de salvar un varo y lo que me pudiera ahorrar significaba más *reven*, más cine, libros, es decir, mayor estabilidad física y moral.

Dentro de todo, la hueva de ir platicando una hora con un desconocido y el volado de tener o no suerte para conseguir el aventón, viajar con el dedo tiene, como diría sabiamente el Chavo del Ocho, su lado amable. Generalmente las personas que comparten su auto son hombres que viajan solos, que viven en Cuerna y trabajan en México, profesores universitarios, empresarios o burócratas que dan *raid* por buena onda, por ayudar o por no dormirse.

Yo y mis amigas guayabas que compartían conmigo la condición de pobrediablas estudihambres de provincia, y con las que procuraba quedar de acuerdo para viajar, teníamos una ventaja: aun el hombre mejor intencionado prefiere subir a su coche a tres chicas guapas y simpáticas que a unas enfermeras gordas, lo que casi siempre termina en que conseguir que te lleven tarda 10 minutos, y con un poco más de suerte te llevan hasta tu casa, te invitan unas quecas en Tres Marías o te conectan una chamba.

Y todavía puede ser más fácil si te haces cuate del ñor que viaja diario, estrategia común en las enfermeras: te pones de acuerdo con él y cuando vas a México le echas un fon, quedas y pasa por ti.

Al final, al mirar en retrospectiva los pros y los contras del viajar de aventón, resumo que el *raid* resulta una experiencia de libertad que me enseñó a ir de un lugar a otro sin dinero, a saber que en este mundo caótico puedo confiar en la gente, a tener seguridad en mí misma, a resolver situaciones inesperadas y, sobre todo, a no tener miedo.

Sin embargo, no dejo de pensar que andar de aventón siempre será por necesidad, nunca por gusto. Desde que tuve un poco más de lana y amigas con coche, lo dejé; y no sólo eso, lo evito al máximo, porque sé que aunque es divertido y enriquecedor, tuve suerte de que no me pasara nada (¡A huevo!).

Ahora, lo que más me acerca a la experiencia del *raid* es escribir y hablar sobre ello, viajo por todo el mundo con gastos pagados, avión en primera clase y hotel de cinco estrellas, promoviendo mi libro *Anécdotas del dedo gordo* y dando conferencias acerca de cómo es andar de aventón.

* Capítulo I del libro *Crónicas de Pulgarcito*.



cambiando de aires

J. Gerardo Ochoa F.

A algunos esto puede parecerles una invención,
pero lo que quiera que imagine haber ocurrido
sucedió efectivamente, por lo menos para mí.
Henry Miller, *Trópico de Capricornio*

Hoy voy a cambiar
revisar bien mis maletas
Lupita D'alessio

No todo lo que es oro brilla. O, como dirían los antiguos, las cuentas claras y el chocolate espeso... Se sabe de acontecimientos que han redimensionado física y simbólicamente el entorno. Pero, en especial, los estudiosos le han dado la categoría de axioma a la siguiente hipótesis, deducida del acaecer de tales cosas: nadie está por gusto donde está, en tanto no tenga uso de conciencia. Todo lo demás, dicen, es accesorio.

"Exodus: movement of Jah people"

Todos los caminos son líneas de vida, aunque por ellos nadie transite. Según Everett K. Wilson (ver *Confluence*, Vol. VII, No. I), las ciudades son un ambiente propicio para la variedad de caracteres y conductas. Tan variadas éstas, que la misma palabra "tolerancia" parece perder su sentido por innecesaria. Los rangos de elección de la gente, *ergo*, son de una extensión inconmensurable. Y en los pueblos, *mutatis mutandis*, la gente es tan parecida entre sí que el tiempo puede durar una inmensidad. Lo cual no obsta para que alguien, en un futuro incierto, por necesidad o capricho, decida darle utilidad a las vías de llegada y escape que le llevan a otros mundos...

Ingerir y asimilar

Metáforas gástricas. (*Corre que te alcanza o cómo con cada paso que doy siento que me alejo más y que nomás no llego.*) Cifras del Banco Interamericano de Desarrollo (BID por sus siglas) señalan que en los dos últimos lustros el grado de *asimilación* del migrante en las ciudades va en ascenso, comparado con lo que ocurría en el tercer mundo antes del arribo de los modelos neoliberales. En aquel entonces, prosigue el informe del año 2003, fuera que el migrante proviniere de las áreas rurales o de otras ciudades, los gobernantes exhortaban a sus súbditos a rechazarles con ahínco, labor que, además, de buena gana todos realizaban. No cualquiera, pues, a la fecha, se arriesga (independientemente de qué actividad realice) a superar las fronteras de su lugar de origen.

Hoc ridiculum, hoc absurdum

a) En su informe de hace dos décadas, el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) da a conocer los porcentajes de citadinos migrantes que mantienen como principales actividades de sustento familiar las agrícolas y afines. Por ejemplo, más de la mitad de los migrantes de la capital mexicana (llamados despectivamente *chilangos* y cuyo porcentaje de residencia en la zona conurbada morelense es de 20.4% de acuerdo al censo poblacional de 1990), cultiva en parcelas domésticas comunales las hortalizas y el cáñamo, los cuales son concentrados por un administrador de la comuna que a su vez redistribuye el producto según el mérito. Costumbres como esa exacerban a los lugareños, quienes han interiorizado a tal grado la idea de propiedad que no conciben cómo esa gente haya podido idear tal sistema de reparto de la riqueza.

b) Por otro lado, la clase política no ha podido sacar buenos dividendos de la idea de corrupción y pérdida de valores que trae consigo el arribo de gente desde la carretera que se pierde entre la bruma y los pinos de Tres Marías y Cuajomulco. Al contrario, como el migrante sureño es (según dicen los políticos en campaña), imbécil por definición (¡sólo por ser sureño!), queda de antemano descartada toda posibilidad de influjo de cualquier índole. Sin embargo, una encuesta aplicada por estudiantes de la carrera de Sociología del IPRO (Instituto Profesional de la Región Oriente), revela que por cada entrada de un guerrerense o poblano a Morelos aumenta la variedad de alimentos y modos de prepararlos en la dieta de los habitantes de Axochiapan, Tlaquiltenango, Tepalcingo, Jojutla, Puente de Ixtla, Tetecala, Temoac, Zacualpan, Jantetelco y Amacuzac. Indudablemente, la realidad es mucho más simple que esos esquemas estadísticos.

Por cada gota

La multiplicidad de climas en el Valle de Cuauhnáhuac ejerce un enorme atractivo sobre otras ciudades y otros pueblos, en suma, sobre otras culturas. Sin embargo, en los habitantes del Valle ha tenido efectos perniciosos. En los últimos años, las variaciones esporádicas de vientos y lluvias han dado como efecto curiosos fenómenos urbanos y sociales. Mencionaré sólo dos. Por un lado, los nativos han empezado a remodelar sus casas imitando un extraño modelo laberíntico inspirado en narraciones del argentino Jorge Luis Borges ("Borgues" para los cuates). Esto sería lo más natural del mundo si tales formas no tuvieran, encima de ello, una graduación concéntrica ascendente inspirada en paradigmas de la geometría cartesiana y en los flujos migratorios que van de los pueblos a las ciudades de tamaño medio, y de éstas a las grandes metrópolis que albergan a millones de personas. Aún más natural sería si los nativos tuvieran un sistema de enseñanza que les instruyera en la lectura, cosa de la cual carecen.

El segundo es todavía más asombroso. Se sabe por las filmaciones de las cámaras de supermercados y minisupermercados que cada fin de semana los residentes no nativos, al parecer inconscientemente, realizan entre los anaqueles repletos de comida el mismo recorrido que se realizaría para entrar o salir de alguno de aquellos laberintos. Y que esto, a su vez, ocurre con los cientos de jóvenes y familias provenientes de la Ciudad de México que pueblan por 48 horas las abandonadas casas (todas ellas con alberca) que abarcan grandes zonas del cálido Valle. Se ha llegado incluso a afirmar que en sus rituales sociales, los visitantes provenientes de aquella gran ciudad experimentan una angustia exacerbada. Tal condición anímica los lleva a consumir hasta tres veces más embriagantes que los nativos en sus reuniones. Pero hay quien asegura que en realidad se trata sólo de un morboso pretexto para volver una y otra vez a los sitios donde pueden representar sus recorridos por el fatídico laberinto.

Del otro lado...

Debido a la ausencia de viviendas en las ciudades medianas y pequeñas (para cuando usted lea esto, el problema ya habrá sido resuelto por los gobernantes), los migrantes de las grandes ciudades (sobre todo estudiantes e investigadores) han encontrado, dado su ingenio y capacidad inventiva, una infinidad de medios para recrear el confortable modelo de las cuatro paredes y el techo, dejado atrás en la metrópoli. (Tal dejo de añoranza ha contribuido a que con menosprecio se les acuse de *provincianismo*). En las zonas periféricas y marginales de esas ciudades en formación (hasta hace poco todavía pueblos) se pueden encontrar, apilados unos tras otros, vagones de ferrocarriles, barcos, carros-casa, remolques, carpas, trailers, tiendas de campaña y similares, todos ellos nunca antes vistos en estas tierras donde lo apacible ha pasado a ocupar su justo sitio en el relato mítico de los orígenes



Diseño gráfico: Ricardo Alonso y Cristóbal Sánchez